

Noemí Goldman y Ricardo Salvatore, comp. *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, 345 p.

María Silvia Di Liscia, I:U. Ortega y Gasset-UNLPam

Las reflexiones acerca del caudillismo y los caudillos en Argentina son contemporáneas al fenómeno: se inician hacia 1840, a partir de las obras clásicas de Sarmiento y Alberdi, recibiendo sucesivos aportes a lo largo del siglo XIX y XX. La compilación de Goldman y Salvatore recupera otras interpretaciones a las ya clásicas del caudillismo como barbarie, contrapuesta a la civilización o bien las que añaden el ingrediente nacionalista. De hecho, los autores de los artículos se preocupan por evidenciar la complejidad política y social del caudillismo, que deja de entreverse como simple personajismo, desplegando una serie de elementos que requieren de un análisis más profundo, iniciado a partir de estas páginas.

Las nuevas perspectivas incorporan sobre todo a la lingüística y la antropología, considerando el discurso político caudillista, los rituales públicos y las prácticas electorales. La aparición de los sujetos subalternos, aquellos que defienden y mantienen el caudillismo significa tener en cuenta las formas de captación dentro del sistema de la "chusma": montoneros, gauchos, indios y paisanos, que escapan a la descripción simple y estimulan, -en las palabras de Clifford Geerts, "interpretaciones densas".

La búsqueda de nuevos esquemas de interpretación significa a la vez el abandono de explicaciones formales, tanto marxistas como liberales. En todos los artículos existe un "fondo común" de información que los mismos autores reconocen basado en las transformaciones historiográficas de mediados de este siglo, gracias a la obra fundante de Tulio Halperín Donghi en Argentina y también a los aportes de Francisco X. Guerra y Antonio Annino en México. Los nuevos estudios comienzan a detectar que dentro del contexto de gobiernos autoritarios y de base clientelar, los problemas de representación política y participación popular asumen una importancia mayor que la supuesta inicialmente, donde se observa además una preocupación por establecer la legitimidad política y definir con elementos propios el significado de la democracia republicana. Asimismo, la atención puesta por la antropología política a la definición del clientelismo está volcada en estos trabajos, que recuperan aunque críticamente los aportes de Eric Wolf referidos a la reciprocidad que asumen patrones-clientes en un sistema autoritario y sobre todo a las relaciones personales, base de la vinculación entre las dos partes.

En esta compilación, varios artículos estudian el caudillismo bajo una perspectiva historiográfica, tal como el de Pablo Buchbinder, que analiza la evolución del concepto a partir del prestigio de la figura del caudillo hasta su progresiva revalorización en el siglo XX. Así, se asume que los conceptos no son "entes naturales", sino que se construyen históricamente, transformándose y adquiriendo diferentes significados. Maristella Stampa continúa el cierta medida esta idea, observando el desplazamiento del sentido en la noción del caudillismo a través de un recorrido semántico por los ejes articulato-

rios del discurso político de Sarmiento, Alberdi, Mitre y López y del positivismo biológico y socio-cultural de finales del siglo XIX: a la dialéctica simple sarmientina se agrega una valoración nacionalista y americanista que generaliza el análisis del caudillismo en un contexto de complejidad teórica de gran interés.

Otros trabajos plantean una perspectiva específica, en relación a diferentes sistemas y caudillos: Rosas, sobre todo, es quien recibe la mayor atención, pero también Artigas, López y Quiroga. Por ejemplo, Jorge Myers estudia a Rosas, como paradigma del caudillo "unanimista" más que personalista. El análisis de la retórica rosista se manifiesta como heterogénea, a través de referencias agraristas, a una imaginaria catilinaria y excluyente, a un elaborado discurso americanista y sobre todo, a la referencia de la "virtud" como figura semántica esencial. Los instrumentos que sirven al discurso son tanto la prensa federal, como los debates y la convocatoria a la opinión pública, llevada a cabo en rituales cívico-religiosos. El caudillismo aparece así enunciado como un sistema político altamente complejo, alejado de las interpretaciones clásicas del siglo XIX, y Rosas como un personaje de gran ductilidad, que manifiesta su permanente adaptación a diferentes situaciones político-sociales.

Marcela Ternavassio, Ricardo Salvatore, Jorge Gelman y Silvia Ratto analizan también el rosismo. Para Ternavassio, se trata de un proyecto que no está cristalizado en 1829, sino que se transforma a lo largo de las tres décadas de gobierno, reemplazándose progresivamente la deliberación por la autoridad para eliminar la inestabilidad política. Salvatore, por su parte, se interesa por las fórmulas políticas de adhesión al rosismo, a partir del análisis de las expresiones utilizadas tanto popular como legalmente para definir la identidad federal. Este trabajo, tal como el de Myers, constituyen a nuestro entender aportes de gran originalidad, en la medida que se interpreta la construcción y funcionamiento de un sistema político a partir de elementos ignorados, como los rituales cívicos y las fórmulas y expresiones de fidelidad al régimen, que asumen una diversidad notable y constituyen en cierta medida la clave dentro de esa sociedad y en esa época para "medir" la enunciación del "ser federal".

Jorge Gelman analiza asimismo la figura de Rosas, pero en virtud de su status como estanciero bonaerense, para observar de qué manera se realiza el proceso de acumulación de poder político a partir de las relaciones clientelares. Para Gelman, Rosas no puede ser considerado como un "caudillo todopoderoso", sino una persona que debe negociar permanentemente con los actores sociales mayoritarios del mundo rural, tal como otros estancieros que pugnan por establecer ciertos cambios económicos. Por último, Silvia Ratto se ocupa de una revisión del rosismo desde el punto de vista económico, estudiando a partir del negocio público de indios en la provincia de Buenos Aires las finanzas públicas y los negocios privados de Rosas.

La confusión entre lo privado y público y las formas de financiación estatal ha constituido la base de muchos estudios sobre el caudillismo, en la medida en que se trata de un punto fundamental para establecer los recursos de los caudillos y el poder detentado frente a otros sistemas políticos. Así, Noemí Goldman y Sonia Tedeschi analizan los casos particulares de López en Santa Fé y de Quiroga en La Rioja, profundizando sobre

las estrategias financieras de acumulación de los caudillos. Se tienen en cuenta un proceso político que intenta matizar las opciones dicotómicas de la historiografía tradicional, donde el caudillo es sobre todo un personaje bárbaro, que incorpora para su uso personal los caudales públicos. De esta manera, Goldman y Tedeschi encuentran que los caudillos financiaban con sus recursos parte de las guerras, por lo que debe también asumirse, en una interpretación completa del caudillismo, al caudillo como agente económico.

La importancia de Artigas en el área rioplatense ha sido señalada desde hace tiempo. El artículo de Ana Frega subraya, tal como lo habían hecho los estudios de Stampa y de Buchbinder, la forma en que se transforma la visión del caudillo uruguayo a lo largo del siglo, en la medida de que se desmonta su imagen de "bandolero" y se lo recrea como héroe nacional hasta llegar a ser el gran "caudillo de masas" de los enfoques críticos sobre la realidad social de los años '60. Frega analiza de qué manera se construyó el nuevo orden artiguista, con la apelación pública a la virtud, igualdad y soberanía popular y a partir de la adhesión popular al caudillo.

Los tres últimos artículos muestran la contracara del caudillismo. Tanto Ariel de La Fuente, Marta Bechis como Gustavo Paz focalizan sobre todo sobre los "clientes" más que sobre los "patrones" ya que en esta compleja relación, los gauchos, montoneros e indios tuvieron sus propias razones para aceptar y apoyar a sus caudillos. Ariel de La Fuente explicita que las motivaciones de gauchos -habitantes pobres de la campaña- para transformarse en montoneros -los que se rebelan contra las autoridades- y seguir a los caudillos riojanos eran de tipo material: la obtención de trabajo, carne vacuna, y remuneración en dinero. Pero de la Fuente no excluye otro tipo de motivaciones, que sin duda permitió que esa incorporación fuera permanente, entre las que deben señalarse la situación político-social luego de las guerras de la independencia.

La cuestión indígena en relación con los caudillos está planteada en el artículo de Bechis, que analiza desde el punto de vista de las sociedades pampeanas "amigas" la intervención en los conflictos entre federales y unitarios. Bechis señala la posibilidad de los blancos de movilizar diversos grupos indígenas, pero una vez producida esa movilización, era difícil establecer cierto control sobre los mismos, ya que los indios desarrollaban una política autónoma que buscaba su beneficio y no el de sus "amigos blancos". Esta interesante cuestión está en parte también planteada por Gustavo Paz al referir a los movimientos y rebeliones indígenas en el Norte de Argentina a finales del siglo XIX, ya que Paz establece que las comunidades y líderes campesinos modificaron permanentemente su accionar en pos de reivindicaciones sociales y económicas, de tal manera, no pueden considerárseles -tal como a los indios de la Pampa- entes pasivos ni dependientes.

Estas "nuevas miradas" a viejos problemas mencionados por toda la historiografía tradicional permiten entonces nuevas respuestas, que a la vez estimulan a estudiar el caudillismo bajo otras perspectivas: Actores y procesos se abren para debatir acerca del poder, la legitimidad y las relaciones sociales. A pesar del camino andado, este texto nos dice que no todo está dicho y que falta aún mucho por decir.